

pobre hermana desesperada de remedio y sin más recurso que el del llanto, que de nada le valió.

Mi padre desde ese instante agitó las cosas de modo que á los tres días ya Isabel estaba en el convento.

El joven, su querido, luego que lo supo, quiso escribirla y acusarla de veleidosa é inconstante; pero mi padre, que le tenía tomadas todas las brechas, hubo de recoger la carta antes que llegara á manos de la novicia, y con ella, el dinero y un abogado caviloso, le armó al pobre tal laberinto de calumnias, que á buen componer tuvo que ausentarse de México y perder su destino, por no exponerse á peores resultados.

Todo este enjuague se hizo, no sólo sin noticia de mi hermana, sino antes tratando de desvanecer su pasión por medio de la arteria más vil, y fué fingir una carta y enviársela de parte de su amante, en la que le decía mil improperios, tratándola de loca, fea y despreciable, y concluía asegurándola de su olvido para siempre y afirmándola que estaba casado con una joven muy hermosa.

Esta carta se supuso escrita fuera de esta capital, y obró, no el efecto que mi padre quería, sino el que debía obrar en un corazón sensible, inocente y enamorado, que fué llenarlo de congoja, exasperarlo con los celos, agitarlo con la desesperación y confundirlo en el último abatimiento.

A pocos meses de esta pesadumbre se cumplió el

plazo del noviciado y profesó mi hermana, sacrificando su libertad, no á Dios gustosamente, como el orador decía en el púlpito, sino al capricho y sórdido interés de mi padre.

Las muchas lágrimas que vertió la víctima infeliz al tiempo de pronunciar la fórmula de los votos, persuadieron á los circunstantes á que salían de un corazón devoto y compungido; pero mis padres y yo bien sabíamos la causa que las originaba. Mi padre las vió derramar con la mayor frialdad y dureza, y aun me parece (perdóneme su respetable memoria) que se complacía en oír los ayes de esta mártir de la obediencia y del temor, como se complacía el tirano Falaris al escuchar los gritos y gemidos de los miserables que encerraba en su toro atormentador; ¹ pero mi madre y yo llorábamos á su igual, y aunque nuestras lágrimas las producía el conocimiento de la pena de la desgraciada Isabel, pasaron en el concepto de los más por efecto de una ternura religiosa.

Se concluyó la función con las solemnidades y ceremonias acostumbradas; nos retiramos á casa y mi hermana á su cárcel, que así llamaba á la celda cuando se explayaba conmigo en confianza.

¹ Bien conocido es de los eruditos el toro de Falaris. Este era un buey grande y hueco, hecho de bronce, dentro del cual dicho tirano hacía meter á los que quería atormentar extrañamente, y estando encerrados hacía poner fuego alrededor del toro, el que, penetrando á los infelices, los hacía morir entre las más terribles ansias, crujiendo el aire sus ayes que parecían bramidos de la infernal máquina.

El tumulto de las pasiones agitadas que se habían conjurado contra ella, pasando del espíritu al cuerpo, le causó una fiebre tan maligna y violenta, que en siete días la separó del número de los vivientes... ¡Ay, amada Isabel! ¡Querida hermana! ¡Víctima inocente sacrificada en las inmundas aras de la vanidad, á sombra de la fundación de un mayorazgo! Perdona tu triste sombra la imprudencia de mi padre, y reciba mis tiernos y amorosos recuerdos en señal del amor con que te quise y del interés que siempre tomé en tu desdichada suerte; y usted, amigo, disculpe estas naturales digresiones.

Cuando mi padre supo su fallecimiento, recibió por mano de su confesor una carta cerrada que decía así:

«Padre y señor: La muerte va á cerrar mis ojos. A usted debo el morir en lo más florido de mis años. Por obediencia... No, por miedo de las amenazas de usted, abracé un estado para el que no era llamada de Dios. Forzadamente sacrílega, ofrecí á Su Majestad mi corazón á los pies de los altares; pero mi corazón estaba ofrecido y consagrado de antemano con mi entera voluntad al caballero Jacobo. Cuando me prometí por suya puse á Dios por testigo de mi verdad, y este juramento lo habría cumplido siempre y lo cumpliera en el instante de espirar, á ser posible; mas ya son infructuosos estos deseos. Yo muero atormentada, no de fiebre, sino del

sentimiento de no haberme unido con el objeto que más amé en este mundo; pero á lo menos entre el exceso de mi dolor tengo el consuelo de que, muriendo, cesará la penosa esclavitud á que mi padre... ¡qué dolor! mi mismo padre me condenó sin delito. Espero que Dios se apiadará de mí, y le pido use con usted de su infinita misericordia su desgraciada hija, la joven más infeliz.—
ISABEL. »¹

Esta carta cubrió de horror y de tristeza el corazón de mi padre, así como la noche cubre de luto las bellezas de la tierra. Desde aquel día se encerró en su recámara, donde estaba el retrato de mi hermana vestida de monja; lloraba sin consuelo, besaba el lienzo y lo abrazaba á cada instante; se negó á la conversación de sus más gratos amigos; abandonó sus atenciones domésticas; aborreció las viandas más sazonadas de su mesa; el

¹ Nada tiene de violento ni fabuloso este pasaje; mil han sucedido por su tenor. El doctor Boneta, en su librito ya citado *Gritos del Infierno*, en la pág. 210, refiere: «que una de estas forzadas, estando para morir, preguntó al confesor:—Padre, si me muero ¿dejaré de ser monja?—Y respondiéndola que sí, empezó ella misma á cerrarse los ojos y á hacer los esfuerzos más rabiosos para adelantarse la muerte.» Hasta aquí el autor citado. Y qué, ¿será esto lo más ni lo único que se ha visto con estas pobres que han sido monjas contra su voluntad? ¡quíralo Dios! pero México mismo ha visto casos funestísimos tejidos de la propia tela, que no referimos porque algunos son muy recientes y privados para muchos. ¡De cuántos crímenes son reos ante el cielo los que violentan á sus hijas á ser monjas, y de cuántos modos puede hacerse esta violencia! Lo conciso de una nota no permite hacer una completa explicación; pero los padres timoratos y amantes de sus hijas ya se guardarán de forzarles su inclinación ni con amenazas, ni con ruegos, ni con promesas, ni con halagos, ni con persuasiones, ni con nada que huela á fuerza física ó virtual, si no quieren comparecer reos de la más rigurosa responsabilidad ante el más justo de los jueces.

sueño huyó de sus ojos; toda diversión le repugnaba; huía los consuelos como si fueran agravios; separó hasta la cama y habitación de mi madre, y para decirlo de una vez, la negra melancolía llenó de opacidad su corazón, hurtó el color de sus mejillas y dentro de tres meses lo condujo al sepulcro, después de haber arrastrado noventa días una vida tristemente fatigada. Feliz será mi padre si compurgó con estas penas el sacrificio que hizo de mi hermana.

Muerto él, entró en absoluta posesión del mayorazgo mi hermano Damián, ya casado; mi madre y yo, que era el menor, nos fuimos á su casa, donde nos trató bien algunos días, al cabo de los cuales se mudó, por los consejos de su mujer, que no nos quería, y comenzaron los litigios.

Yo no pude sufrir que vejaran á mi madre, y así traté de separarla de una casa donde éramos aborrecidos. Como, por razón de ser hijo de rico, mi padre no me dedicó á ningún oficio ni ejercicio con que pudiera adquirir mi subsistencia, me hallé en una triste vivienda con madre á quien mantener y sin tener para ello otro arbitrio que los cortos y dilatados socorros del mayorazgo.

En tan infeliz situación me enamoré de una muchacha que tenía quinientos pesos, y más bien por los quinientos pesos que por ella, ó séame lícito decir, que más por recibir aquel dinero para socorrer á mi pobre y

amada madre que por otra cosa, me casé con la dicha joven; recibí la dote, que concluyó en cuatro días, quedándome peor que antes y cada día peor, pues de repente me hallé con madre, mujer y tres criaturas.

Mis desdichas crecían al par de los días; me fué preciso reducir mi familia á esta triste accesoria, porque mi hermano probó en juicio que ya no tenía obligación de darme nada. Mi mujer, que tenía una alma noble y sensible, no pudiendo sufrir mis infortunios, rindió la vida á los rigores de una extenuación mortal, ó por decirlo sin disfraz, murió acosada del hambre, desnudez y trabajos.

Yo, á pesar de esto, jamás he podido prostituirme al juego, embriaguez, estafa ó ladronicio. Mis desdichas me persiguen; pero mi buena educación me sostiene para no precipitarme en los vicios. Soy un inútil, no por culpa mía, sino por la vanidad de mi padre; pero al mismo tiempo tengo honor, y no soy capaz de abandonarme á lo mayorazgo (dígolo por mi hermano).

Cate usted aquí en resumen toda mi vida y califique en la balanza de la justicia si seré pícaro, como me juzgó, ú hombre de bien como le significo; y cuando, conforme á la razón, crea que soy hombre de bien, advierta que no son los hombres lo que parecen por su exterior. Hombres verá usted en el mundo vestidos de sabios y son unos ignorantes; hombres vestidos de

caballeros y, á lo menos en sus acciones, son unos plebeyos ordinarios; hombres vestidos de virtuosos ó que aparentan virtud, y son unos criminales encubiertos; hombres... ¿pero para qué me canso? Verá usted en el mundo hombres á cada instante indignos del hábito que traen, ó acreedores á un sobrenombre honroso que no tienen, aunque no se recomienden por el traje, y entonces conocerá que á nadie se debe calificar por su exterior sino por sus acciones.

Á este tiempo tocó la puerta la viejecita madre del trapiento; le abrió éste, y entró con tres niñitos de la mano, que luego fueron á pedirle la bendición á su papá, quien los recibió con la ternura de padre, y después de acariciarlos un rato me dijo: —Vea usted el fruto de mi amor conyugal y los únicos consuelos que gozo en medio de esta vida miserable.

Á pocos momentos de esta conversación, se entró para adentro y salió la vieja con un pocillo de aguardiente y unos trapos, y me curó las ligeras roturas de la cabeza. Después vino la cena y cenamos todos con la mayor confianza; acabada me dieron una pobre colcha, que conocí hacía falta á la familia, y me acosté durmiendo con la mayor tranquilidad.

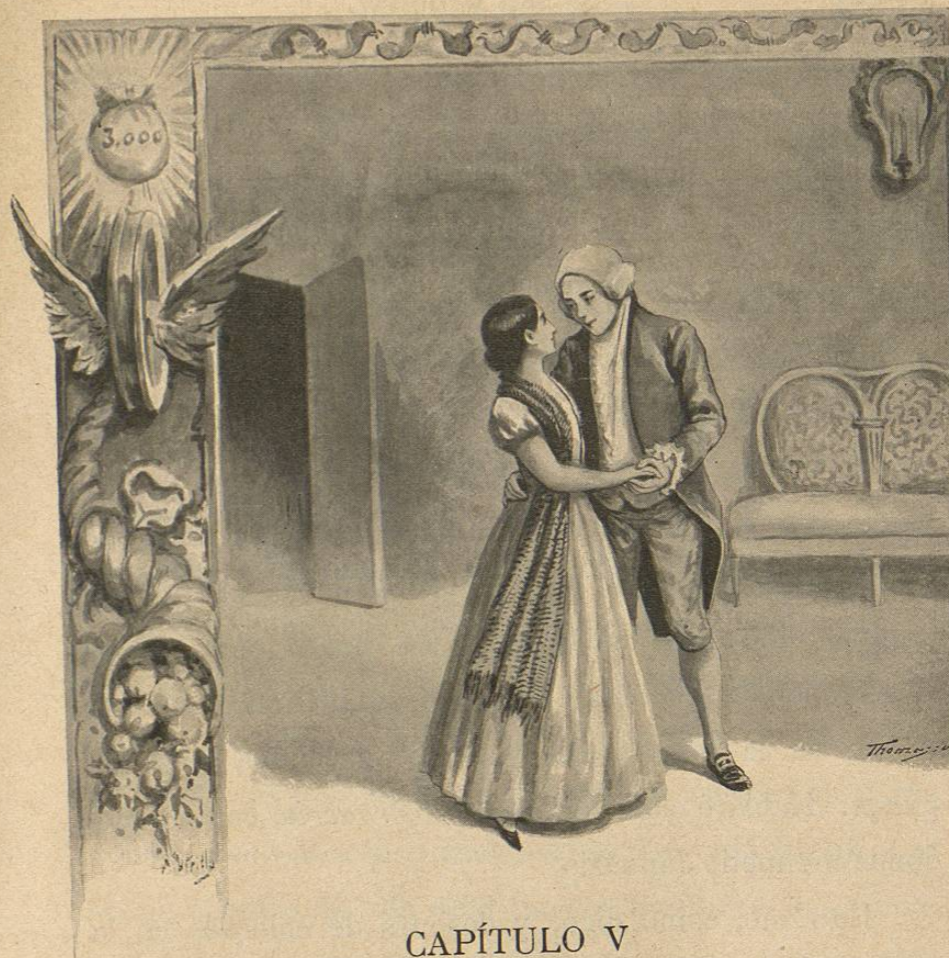
Á otro día muy temprano me despertaron con el chocolate, y después que lo tomé, me dijo el trapiento: —Amiguito, ya usted ha visto la venganza que he querido

tomar del agravio que me hizo ayer; no tengo otra cosa ni otro modo con que manifestarle que lo perdono; pero usted reciba mi voluntad y no mi trivial agasajo. Únicamente le ruego que no pase por esta calle, pues los que han sabido que usted me calumnió de ladrón, si lo ven pasar por aquí creerán, no que el juez me conoció y fió por hombre de bien, sino que nos hemos convenido y confabulado, y esto no le está bien á mi honor. Sólo esto le pido á usted y Dios lo ayude.

No es menester ponderar mucho lo que me conmovía una acción tan heroica y generosa. Yo le dí las más expresivas gracias, lo abracé con todas mis fuerzas para significárselas y le supliqué me dijera su nombre para saber siquiera á quién era deudor de tan caritativas acciones; pero no lo pude conseguir, pues él me decía: —¿Para qué tiene usted que meterse en esas averiguaciones? Yo no trato de lisonjear mi corazón cuando hago alguna cosa buena, sino de cumplir con mis deberes. Ni quiero conocer á mis enemigos, para vengarme de ellos, ni deseo que me conozcan los que tal vez reciben por mi medio un beneficio; porque no exijo el tributo de su gratitud, pues la beneficencia en sí misma trae el premio con la dulce interior satisfacción que deja en el espíritu del hombre; y si esto no fuera, no hubiera habido en el mundo idólatras paganos que nos han dejado los mejores ejemplos de amor hacia sus seme-

jantes. Conque excútese usted de esta curiosidad, y adiós.

Viendo que me era imposible saber quién era por su boca, me despedí de él con la mayor ternura, acordándome de don Antonio, el que me favoreció en mi prisión, y me salí para la calle.



CAPÍTULO V

En el que cuenta Periquillo la bonanza que tuvo; el paradero del escribano Chanfaina; su reincidencia con Luisa, y otras cosillas nada ingratas á la curiosidad de los lectores

Salí, pues, de la casa del trapiento medio confuso y avergonzado, sin acabar de persuadirme cómo podía caber un alma tan grande debajo de un exterior tan indecente; pero lo había visto por mis ojos, y por más que repugnara á mi ninguna filosofía, no podía negar su posibilidad.